

Yo conocí a Khaled

María Unceta

24 de abril de 2017

Se llamaba Talat, tenía 24 años y llevaba ocho meses en el campo de refugiados de Diavata, en los alrededores de Tesalónica. Había llegado solo, tras abandonar Damasco donde vivía y de donde había desaparecido todo lo que formaba parte de su vida anterior: familia, casa, estudios, amigos... Hasta llegar al norte de Grecia, había recorrido, como tantos otros, muchos kilómetros, y un recorrido de penurias, miedos, explotación y mafias. Escapó de Turquía como pudo, de mala manera, tratando de alcanzar refugio y seguridad en la deseada y –aunque él, entonces, todavía no lo sabía– inhóspita Europa occidental. Cuando huyes del horror y has pasado tantas penalidades para alejarte de él, cualquier lugar por conocer te puede parecer la tierra de promisión. Talat era a la vez abierto y reconcentrado, buscaba desesperadamente horizontes, trataba de hacer amistades entre las voluntarias jóvenes que iban por el campo, estudiaba inglés por su cuenta y se sentía vegetal en Diavata.

Khaled, el protagonista de la última película de Aki Kaurismäki *El otro lado de la esperanza*, me ha hecho recordar a Talat. Los dos sirios, los dos de una edad y un físico parecidos, los dos serios, peleones, elegantes, no creyentes, no resignados.

Khaled llega a Helsinki como polizón en un barco de carga, escondido entre montañas de carbón procedente de las minas de Polonia. Está convencido de que Finlandia es magnífica, un país maravilloso. Lo dice en sus conversaciones con un colega iraquí con el que coincide en el centro de acogida donde recalca después de solicitar asilo ante la policía.

Pero Finlandia no es el paraíso, aunque tampoco es peor que otros países de su entorno: simplemente, tiene sus leyes y sus normas y sus funcionarios que las hacen cumplir. Khaled, como demandante de asilo, tiene que pasar por varios interrogatorios ante una funcionaria tan cortés como hierática: no se le mueve un músculo, no deja traslucir la menor emoción. Escucha atentamente –y toma notas en su

cuaderno– el relato de Khaled: ha atravesado media Europa central, ha sido apaleado por diversas policías y extorsionado por diversas mafias, le han robado todo lo que tenía de valor y, en el camino, ha perdido a su hermana con la que escapó de Alepo tras enterrar a toda su familia víctima de un bombardeo. Una historia como tantas otras que ha escuchado la funcionaria impasible.

La gran preocupación de Khaled –seguimos la pista de la película de Kaurismäki– es localizar a su hermana, y para ello se sirve del teléfono móvil de su compañero de fatigas iraquí. ¡El móvil!, el mejor aliado de muchos refugiados sirios que he conocido: él les conecta con sus antenas dispersas por el continente; a través de él tienen noticias –a cual peor, normalmente– de su país de origen. Es su principal arma de combate para mantenerse en el presente y no dejar de proyectar su futuro. Contactos, redes de familiares, amigos o conocidos, lazos que se enlazan a través de las ondas de toda Europa y más allá.

El expediente de Khaled llega finalmente a un tribunal que debe decidir sobre su petición de asilo en Finlandia. Tiene que escuchar la sentencia, inapelable, según la cual Alepo ha dejado de ser un lugar inseguro, la vida está volviendo a la normalidad allí, y no hay, por tanto, causa que justifique su demanda. Deberá ser deportado al día siguiente, al amanecer, como los fusilados.

Pero Khaled, como Talat, no se resigna y desafía al destino que le han preparado. Escapa.

La solidaridad y la brutalidad racista se cruzan en su camino. Khaled recibe palizas a puños y patadas de rapados que ejercen de patriotas, por lo que parece impunemente. Y también la ayuda, ni esperada ni imaginable, de un hombre normal, como tantas personas de nuestro entorno, aunque, en este caso, de pocas palabras y menos expresividad. Las diferencias de carácter entre los ciudadanos del norte y los del sur son llamativas, aunque, a estas alturas, no sabría establecer un juicio de valor sobre la consistencia de la solidaridad de unos u otros.

Khaled consigue, de momento, tener una vida mejor. Kaurismäki me hizo recordar a Talat. La última noticia que he tenido de Talat, el joven sirio de Diavata, es que ha conseguido el asilo en Francia. ¡Suerte, amigo Talat!